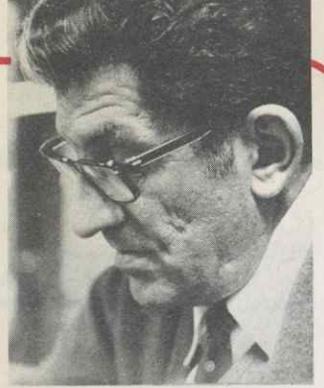


MARINO GOMEZ-SANTOS



Por Manolo Avello

Creo que fue en los salones de «Educación y Descanso» donde Marino Gómez-Santos leyó una conferencia evocando la muerte de «Clarín» y la significación que su muerte tuvo en Oviedo y en España entera, porque «Clarín» fue un español entero, es decir, íntegro.

El palacio de Valdecarzana, hoy en trance de ruina, recogía y devolvía la voz juvenil y estremecida de Marino Gómez-Santos. La Plaza de la Catedral, en silencio. Y abajo, los rumores de los contertulios de «Casa Noriega».

En la torre de la catedral, don Fermín de Pas. El magistral de la cara estucada. De ave fría. Asomado en el balcón dominando la plaza clariniana de «La Regenta».

Creo que fue hace veinte años. O más. Y ahora Marino Gómez-Santos es Premio Nacional de Literatura «Menéndez y Pelayo» por su espléndida biografía de Gregorio Marañón. Pérez de Ayala dijo de Marañón: Gregorio el Magno.

Veinte años son los suficientes para que las vidas y obras de los hombres vayan encajando en el tablero del tiempo contabilizador inexorable del esfuerzo, el prestigio, la ambición, la generosidad, el talento o la mezquindad.

Marino Gómez-Santos desde aquella conferencia juvenil y estremecida hasta el esfuerzo gigantesco referido a Marañón ha dado pruebas de que en él vivía y vive el templado ánimo de quien sabe lo que quiere y para qué y también sabe cómo conseguirlo. Fundamentalmente ejercitando un gerundio: trabajando.

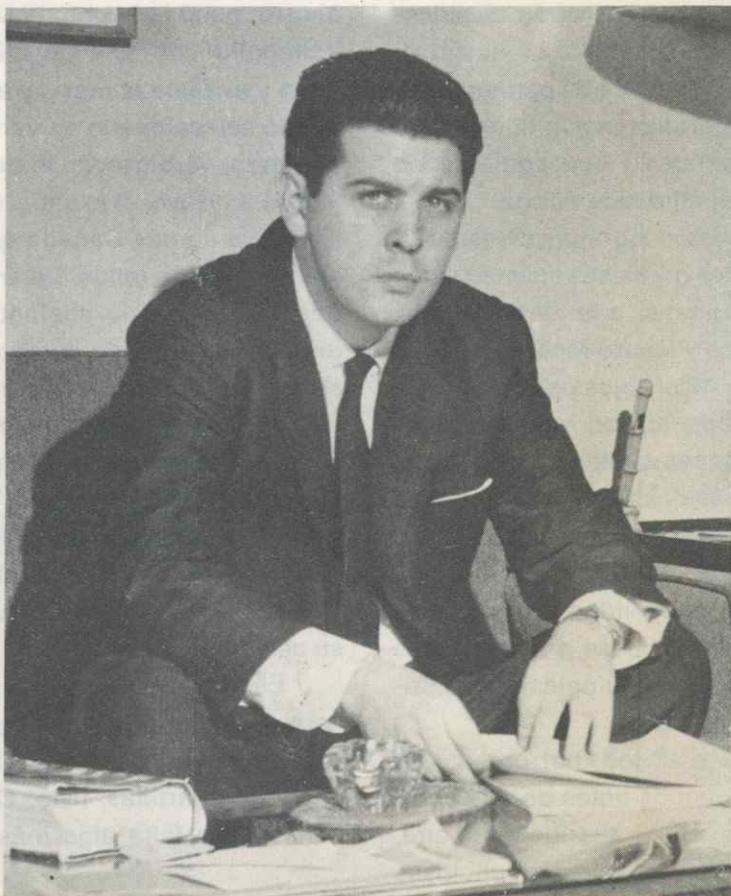
Y Marino empezó a trabajar en un ensayo bio-bibliográfico sobre «Clarín», que publicó en 1952 el Instituto de Estudios Asturianos y he visto citado siempre en textos posteriores con «Clarín» al fondo. «Clarín» es como una tentación irresistible. Y Marino Gómez-Santos volvió toda su inquietud, contagiosa y vibrante, a los que vivíamos a su alrededor. Después...

Marino Gómez-Santos se marchó a Madrid y no tardamos mucho tiempo en tener noticias suyas. Llegaron sus artículos en los periódicos, los libros, las fotografías en Toledo con Marañón, en casa de Baroja, con «Azorín», cerca de los hombres famosos, de los pintores, de los artistas, de

la zoología humana que en provincias circula trascendida de halos y nimbos cegadores.

Oviedo que procura mantener el tipo puso en acción los mecanismos defensivos y de agresión, pues en Oviedo, como en todas las capitales provincianas del mundo, cuando uno de sus inquilinos decide hacer las cosas por su cuenta, por ejemplo marchar a Madrid a trabajar, a escribir, a hablar, se refugia en el consuelo de la conmiseración o el silencio.

Marino Gómez-Santos con su Premio Nacional de Literatura acaba de confirmar el acierto de su gesto y la valentía de su comportamiento. Hoy se sentirá suficientemente compensado. Estoy seguro.



No pocos dirán hoy en la ciudad que si hubiesen hecho lo mismo a lo mejor... Pero Oviedo ata, sujeta, inmoviliza. Mas también, sería injusto olvidarlo, ¿se pasa tan bien aquí! Cuando queremos lo pasamos tan bien. Nos queremos tan de verdad que da gusto. Otras veces se pasa uno el día rechinando los dientes.

Siempre que coincidí con Marino Gómez-Santos en Madrid la charla es difícil que tarde en incorporar este interrogante:

—¿Qué hay por Oviedo?

—Nada, por Oviedo nada...

Oviedo *está dentro* de Marino Gómez-Santos y él «metido» en Oviedo. La distancia en el espacio y tiempo no ha deteriorado en nada el perfil de Marino ni el de la ciudad. Hoy, después de veinte años y desde la plataforma de un merecido Premio Nacional de Literatura, es como si se hubiesen serenado las aguas en todos los cauces.

Decía Ortega —filósofo *camp*— que la inteligencia no es *una cosa que se tiene*, es *una cosa que se es*. Y estoy de acuerdo con él.

Marino Gómez-Santos es el ovetense, el asturiano centrifugo, con redaños para librar la batalla que conduce al éxito si se sabe trabajar, luchar, combatir. Y se puede manipular la inteligencia como *una cosa que se es*, no como algo que se tiene, como se puede tener un piso.

En Oviedo somos muchos los que nos hemos alegrado al saber que Marino Gómez-Santos ha ganado el Premio Nacional de Literatura «Menéndez y Pelayo». Yo uno de ellos... De verdad.